

Los austriacos detuvieron á Lafayette en el territorio neutral de Lieja, y esto nos dice que la legalidad y el derecho en aquellos días, marchaban de consuno en el campo del orden lo mismo que en el del desorden. Pero ya el duque de Sajonia-Teschen que mandaba en Bélgica la tropas austriacas y era cuñado de María Antonieta, le hizo enviar la siguiente comunicación. «Puesto que el jefe de la insurrección francesa, forzado á expatriarse por ese mismo pueblo á quien ha enseñado á rebelarse, ha

caído en manos de las potencias aliadas, se le guardará prisionero hasta que su soberano haya decidido de su suerte.» Y, en efecto, Lafayette estuvo prisionero de Austria durante tres años en compañía de Lameth, éste recobró luego su libertad, pero Lafayette pasó todavía dos años más en Olmutz en estrecho cautiverio en manos de los prusianos, pero consolado por su esposa que pudo lograr que se le encerrara con él, saliendo al fin libre, gracias á las victorias de un joven que el día 10 de Agosto se



El 10 de Agosto

ganaba la vida alquilando en París habitaciones para volverlas á realquilar, y que salió horrorizado de las Tullerías á la vista de tanta sangre, que comparada con la que él hizo derramar no valdría ni aún como microscópica gota. A este hombre pudo agradecerle Lafayette su libertad, pero se negó á servirle. Lameth se puso su uniforme. Ya se habrá comprendido que el joven, que el hombre en cuestión, no era otro que Bonaparte.

Danton, pues, se encontró sin partido para obrar viéndose por su temperamento y por sus instintos, solicitado casi por igual por Robespierre y Marat, sin embargo, de uno y de otro le separaban los arranques generosos de su corazón, y una inteligencia más clara de las necesidades y conveniencias po-

líticas. En suma, Danton era un hombre político, cualidad que no se puede reconocer en Robespierre, hombre sistemático en exceso y que creía en la eficacia inmediata de las leyes, y que menos puede concederse al demagogo Marat, espíritu poseído de un vértigo sangriento y que su sangre había de acabar su vida. Danton, pues, por la fuerza de las circunstancias lejos de ser un elemento ponderador se había de convertir en elemento terrible de anarquía y de discordia según de que lado se inclinase.

En lo único que la Asamblea y la Comuna marchaban de completo acuerdo, era en lo tocante á la defensa nacional. «La Asamblea,—dice Martin,—reorganizaba la guardia nacional de París, y hacía entrar en los cuadros á todos los ciudadanos ar-

mados. Tomaba luego nuevas medidas para establecer el campamento decretado para cubrir á París. Embargaban todas las fundiciones, todas las manufacturas de armas, todos los cobres y metales necesarios para la guerra; ordenaba además que se distribuyeran fusiles á cuantos voluntarios se presen-

tasen. La tribuna estaba sin cesar llena de dones patrióticos; y buena parte de las sesiones se las llevaba la lectura de mensajes en los que ofrecían los ciudadanos á su patria sus personas y bienes. Dos ricos patriotas ofrecieron equipar cada uno un regimiento de húsares.



Asesinatos de los suizos

«La Comuna, por su parte, levantaba de nuevo como en Julio, los estrados para el enganche de voluntarios; enviaba la plata de las iglesias á las casas de moneda, hacía fundir las estatuas de bronce de los reyes y las campanas de las iglesias para fabricar cañones, dejando solamente dos campanas á cada parroquia; desarmaba á los guardias nacionales que habían firmado la petición contra el 20 de Junio y daba sus fusiles á los voluntarios,» que se llamaron un día el duque de Abrantes (Junot); Kleber, el héroe sin mancha, el rey de Nápoles (Murat),

el duque de Montebello (Lannes), el duque de la Albufera (Suchet), etc., etc.

París procediendo de esta suerte parecía legitimar su usurpación puesto que se mostraba indudablemente á la altura de las circunstancias. Sin embargo, no dejó de comprenderse que era necesario legitimar el 10 de Agosto y fué la señora de Roland la que prestó su pluma y su heroica alma á su marido. Naturalmente el argumento perentorio era el de que el 10 de Agosto debía considerarse como la respuesta dada al manifiesto del duque de Brunswick



y á las traiciones de la corte. Brunswick, pues, por la fuerza de las circunstancias, se convertía en espantajo de los revolucionarios, papel del que protestaba el último bizarro é inteligente general de Federico el Grande de Prusia. Hoy esto está fuera de dudas, y si Brunswick no simpatizaba con la revolución, menos simpatizaba aún con el antiguo régimen, y, sobre todo, con los austriacos, á quienes veía de nuevo cobrar su antiguo rango en Alemania cuando tanto y tanto había trabajado con su gran rey para expulsarla de ella.

Prusia, en efecto, cada día se comprometía más y más con Austria. Los diplomáticos austriacos habían sabido enredarla y ya no era más que su satélite, satélite arrastrado por la atracción de Viena, pero que al fin lo era. Sin embargo, durante todo el año, y ya algo hemos indicado, hubo sus rozamientos, por el empeño natural de Austria de hacerse asegurar sus posesiones belgas, y su influencia ó protectorado en Polonia. Así Prusia procuró cuanto pudo, resistir á una y otra cosa. A lo de Bélgica, porque veía la posibilidad de ganar por allí algún Estado ó provincia; á lo de Polonia, porque ya hemos dicho lo que significaba la elevación del elector de Sajonia al trono de Polonia. La cuestión polaca era la que absorbía todo el interés de Prusia. Respecto de Francia la inteligencia se estableció fácilmente. En suma, por lo que respeta á Polonia, Prusia acabó por declarar que mantendría el tratado de 1790, que garantizaba la independencia de Polonia, pero que su Constitución de Mayo no podía esperar de él su protección, sin embargo, ofrecía no atacarla.

Esta declaración no satisfizo al elector de Sajonia quien además sabía de sobras que Rusia enviaba los batallones de la frontera de Turquía á la de Polonia, así el elector declaró que se reservaba anunciar su aceptación de la corona de Polonia, hasta estar de acuerdo con las potencias limítrofes de Polonia, pero que interin exigía para declararse en su día que las dietas polacas aceptasen la Constitución de Mayo, que se diera mayor importancia y facultades al rey, y que se declarase que sus hermanos tenían por orden de primogenitura derecho á la sucesión de la que quedaba excluida su hija, que es la que quería el emperador, quien veía de esta manera alejada la posibilidad de que Prusia se apoderase de la Sajonia y de Polonia mediante un enlace.

Disgustó todo esto á Prusia, pero no estaba en situación de obrar, porque no sabía como opinaba Rusia, ni cual sería su actitud ahora que retiraba del Sud sus fuerzas que acababan de añadir al im-

perio todo el litoral del mar Negro desde Otchakoff al Dniester. Pero una coincidencia fortuita puso en sus manos un despacho de la zarina y entonces supo que Rusia se disponía á enviar tres ejércitos á Polonia, contando Rusia arreglarse con Austria y Prusia, ofreciéndoles una indemnización ó un nuevo reparto de Polonia. Prusia en posesión del secreto de Rusia acordó esperar los acontecimientos.

Los acontecimientos por donde marchaban era por la parte de Francia, y es en estas circunstancias cuando la tempestad amenaza lo mismo por Oriente que por Occidente cuando Leopoldo II desaparece de la escena del mundo.

Su sucesor el joven Francisco no quiso separarse del camino trazado por su padre y resolvió en consecuencia someterla á la aprobación de Rusia. La crisis iba, pues, á llegar á su paroxismo, y Prusia se iba á ver obligada á decidir su actitud política.

Al mismo tiempo, Rusia se decidía á salir de su reserva y comprendiendo que á Prusia le había de disgustar tanto como le disgustaba á ella el plan de Austria, se lo notificó categóricamente, diciéndole que por su parte no consentiría que se reconstituyera una nueva y fuerte Polonia que podría ser para ella un peligro.

Ostermann el ministro ruso encontró desde luego favorable acogida en Berlín, pues, mientras Austria imponía una solución perjudicial á Prusia, Rusia le daba hasta probabilidades de un engrandecimiento territorial. Prusia venció fácilmente los escrúpulos que le inspiraba el tratado de 1790, pero los Estados modernos no han demostrado grande respeto por los tratados que estorban, y como Prusia veía la posibilidad de llegar á la frontera del Vístula, su sueño dorado, pues, la creía necesaria para su seguridad, como viera que Austria iba á ser indefectiblemente arrastrada á la guerra con Francia, Prusia creyó que podía decidirse, si bien manteniéndose la aliada de Austria contra Francia. Esto era la muerte de Polonia.

«Esta muerte,—dice Sybel,—no la dictaba una ambición largamente meditada, pero se presentaba como el expediente menos peligroso en medio de una crisis sin ejemplo en Europa. No decidiré si hubiese sido posible obrar con mayor prudencia, pero dudo que se pueda humanamente reprochar á Federico-Guillermo II el haberse decidido como lo hizo en esta colisión de deberes. Lo que siempre es cierto es, que la eterna ley de justicia, que quiere que toda falta moral reciba su castigo, no se ha desmentido en esta ocasión, por mucho que se pueda excusar la falta. Prusia ha sido cruelmente castigada

por la traición que le hizo á Polonia, bien que esta traición fuera inevitable; y en fin, para que la lección fuera más clara, ha sido castigada, no por la mano de su víctima, sino por la de sus cómplices.»

Cuando el historiador oficial del imperio alemán juzgó de esta suerte el último é incógnito reparto de Polonia, nosotros tenemos el deber de moderarnos. Así sólo diremos, que ni Prusia, ni Austria, ni Rusia han expiado todavía su falta, que expiarán indudablemente en un mediano porvenir, y que sentimos la firme convicción de que el eclipse de Polonia toca á su término, de modo que ya lo que más podemos desearle, es que haya aprovechada la dura y severa lección que su indisciplina le había merecido.

Tomada la resolución, pues, de acabar con la existencia autónoma de Polonia, Prusia, nunca escrupulosa, se apresuró á declarar el 13 de Mayo al príncipe de Reuss, representante de Austria, que esta potencia lo que había de hacer era aceptar los planes de Rusia como ella aceptaba y cuya aceptación comunicaba al barón Alopeus, embajador de Rusia en Berlín. Así se estaba, cuando la declaración de guerra de Francia,—20 de Abril,—hizo que la atención se fijara especialmente en lo que pasaba del otro lado del Rin, dejando para más tarde lo del Vístula.

Prusia empujaba á la guerra, y á una guerra enérgica de una manera desesperada. Cinco millones llevaba ya gastados en socorrer á los emigrados, y su tesoro se resentía de esta sangría. La guerra era, pues, necesaria y pronto, tanto para restablecer su hacienda como para salvar la integridad del principio monárquico. Pero en Prusia había también un partido favorable á la paz numeroso é influyente, la misma favorita del rey, la condesa Doehnhoff no presentía más que desgracias, y el príncipe Enrique, en quien se había concentrado,—dice Sybel,—después de la muerte del gran Federico, la gloria conquistada durante la guerra de los siete años, estaba por la paz, por la no intervención y con él estaban todos los generales viejos, incluso el duque de Brunswick.

Era á la sazón, de todos los príncipes de Alemania, el más amado de sus súbditos, el duque de Brunswick. El gobierno de sus Estados era el más liberal y progresivo, y Brunswick después de haber vencido en Crefeld y Minden, y de haber conquistado la Holanda, creía que lo mejor que podía hacer era consumir su vejez cuidando de sus Estados, como cuida el hombre de negocios los suyos. Pero

Brunswick era reputado por el general más entendido de su tiempo dentro y fuera de Alemania, y esta justa reputación le había de obligar mal de su grado á volver á la vida militar. De modo, que no había en Prusia esa unidad de miras, ni ese entusiasmo por la guerra que parece había de ser la causa del ardor con que la deseaba Federico Guillermo.

«Ese rey,—dice Sybel,—á pesar de su buen querer y de la actividad de su espíritu, no trabajaba ni de buena gana ni mucho, y cedía fácilmente á las sugerencias y á las impresiones del momento. Esto había bastado para producir en algunos años la disolución casi completa del gobierno prusiano. Los diferentes partidos que dividían la corte, influían por turno en los negocios; las decisiones no eran ya la emanación de una voluntad soberana, sino el resultado de influencias diversas, ejercidas en el espíritu del señor; en poco tiempo todo quedó quebrantado y en confusión...» «En el interior, á medida que desaparecía la unidad de acción, las atribuciones de los diferentes poderes administrativos dejaban de ser claras y precisas; todo el mundo se mezclaba de todo, según su gusto y según sus intereses. Los laicos se inmiscuían en los negocios de la Iglesia, los teólogos en la política, los diplomáticos dirigían á los generales, y los generales estaban prontos á dar su opinión en lo tocante á las relaciones exteriores. De aquí resultaba una administración mogigata, una Iglesia burocrática y un ejército político. Habíase, pues, entrado por un camino que conducía á la ruina de todo lo que antes había hecho la grandeza de Prusia; fuerza del gobierno, solicitud para el bien público, cultura intelectual, política nacional, todo marchaba á su destrucción. La francmasonería y el iluminismo, de que tanto se ha hablado, fueron los resultados y no la causa del mal. No hablaré de las intrigas amorosas del rey, pues éste, á pesar de todas las debilidades, se dejaba influir rara vez por las mujeres en las cuestiones importantes. Han exagerado también mucho la corrupción de los altos funcionarios de este tiempo, por lo menos en lo relativo á los asuntos concernientes á la revolución. En multitud de papeles secretos he encontrado trazas de tentativas de corrupción, pero casi siempre también la prueba de que tales tentativas habían fracasado. La fuente del mal no era tan impura, pero era muy profunda.

»No fueron ni los crímenes secretos de los ministros, ni las intrigas de las queridas, ni las debilidades del rey, lo que destruyó el estado del gran Federico, sino el desacuerdo que existía entre el prin-